Una enciclopedia de los muertos

Memorias de un hijueputa

FERNANDO VALLEJO

Alfaguara, Penguin Random House, Bogotá, 2020, 186 pp.

FERNANDO VALLEJO vuelve a la carga con otro de sus delirios sagrados, blasfemos. La indignación es el motor de sus libros, y su estilo es no poco imprecatorio. Por eso el título provocativo, que da cuerpo a una avorazada voz que escribe sus memorias, un tirano o dictador, un nuevo presidente de nuestro país. Un narrador que es Vallejo y no lo es, soy yo y no soy yo, que pasa sobre país y medio para presidir y organizar esta patria boba, para darle bala a todo el mundo. ¿Colombia? ¡Ta ta ta ta ta ta ta! ¿Colombia? ¡Zzaazzz!, hace el machete. ¿Colombia? ¡Pumpumpumpumpum! ¿Y el infierno? ¡Pues una tangencia de Colombia! ¿Y es una enciclopedia de los muertos? Sí, como los libros sagrados. ¿Y también el libro de un hijueputa? ¡No, no, no! Las memorias de un viejo, de Fernando Vallejo. ¿Pero pasadas por la voz de un hijueputa? Sí. Y por la voz de un mago, y de una lengua.

Al contrario de Juvenal, padre de los primeros satíricos luego de Lucilio y Horacio, y para quien el humor restaba su credibilidad porque mitigaba y atenuaba su ira, Vallejo sí admite el humor en su programa y se arropa con sus huracanes, con sus espirales enmarihuanas, ese adjetivo con que juega, entre tanta verba y estilo. Y conscientes de que la indignación requiere un estilo brillante y feroz, las líneas de Vallejo nos recuerdan esa palabra latina, *sermo*, modulación satírica horaciana relacionada con la conversación cotidiana, con la “amonestación o reprensión insistente y larga”, o con el “discurso”, como nos recuerda la RAE, cuando digitamos la palabra “sermón”.

Es curioso y paradójico que alguien cuyo primer blanco es la Iglesia católica, con sus curas y papas y su aliento pacato, deba usar el mismo recurso de sus enemigos. Tal vez por eso mismo Alan Pauls lo llamó “el último profanador”; así reza el título del escritor porteño en un artículo que, en sus dos últimas líneas, se refiere a Vallejo como “un hombre –quizás el

último– con un altísimo sentido de lo sagrado”.

Pero ahora hablemos de lo profano en Vallejo. Aunque en su libro le pasa factura a Uribe y familia, a Pastrana y a Gaviria, a Pablo Escobar y semejantes, a Mussolini y al país ladrón de los Estados Unidos, a paracos y faracos –mote de las FARC–, a papas y curas y monjas –sobre todo al cura García-Herreros–, a Bill Gates y Windows, a la DIAN y a todas las instituciones, en un largo etcétera de nombres y categorías que reparte por doquier según el capricho y la digresión, el narrador dice querer al Che Guevara y a Fujimori, por ejemplo, entre las memorias de su propia vida, entre arranques de su infancia y su vejez. Y la muerte lo ronda, le coquetea, como una sombra amorosa. Pero la gran diferencia entre Vallejo y Juvenal es que el colombiano le da cabida a la risa, al menos conscientemente, porque al romano también se le sale, así no lo quiera. Y la otra diferencia es que si para el satírico romano todos los vicios se elevan a la categoría de lo monstruoso, los grandes y los pequeños, el crimen y la extravagancia de aquellos que no se comportan como ha de ser en su sociedad, para Vallejo los vicios mayores podrían ser la política y la altísima natalidad en Colombia, la limosna y la delincuencia, y el maltrato animal o algo tan aparentemente sutil como la sordera del colombiano para músicas que no sean las “vulgares” cosas que escuchamos a menudo en este país o vereda. Y ojo, eso no significa su desprecio por lo popular. No. Ya hablaremos de eso más adelante.

De todas formas, es preciso aclarar lo siguiente: la indignación de Vallejo no es trágica sino que, cual digna hija de los gags de Céline o de Bernhard, su tragedia salta en el trapecio a la comedia y da un salto mortal al insulto para aterrizar en la red de la parodia. Y luego su estilo se eleva hasta lo carnavalesco, hasta la máscara escatológica y sexual, donde nivela y pone en su sitio a la hipocresía para dar un equilibrio a la diversidad sexual, a sus juegos y disfraces de la cotidianidad, mediante lo excesivo e incluso, a ratos, mediante gestos misóginos que luego rompe con la elasticidad de la broma. Pero, al otro lado de la balanza, Vallejo siempre pone a los corruptos y al Congreso, pone presidentes, y a

Colombia y al mundo entero. En suma, todo el mundo es perverso, excepto su abuela, los animales, su perra Bruja y sus amores y efebos, si es que no manipulan con el látigo de la inocencia.

Es decir, es evidente que en el ataque de Vallejo se mezclan los fallos morales (si no el universo entero, aunque depende de la perspectiva) y las conductas sociales convencionales, porque el objeto de su censura es tanto la moral individual como la social. Por el contrario, el narrador utiliza el mismo rasero para casi toda idea, casi toda palabra y ser que atraviesan el cielo de la existencia: el asesino y el político torcido no reciben una condena mayor que la mujer que decide tener hijos o que el mismo García Márquez.

Por otro lado, en cuanto a los gustos musicales, otro blanco de sus dardos al que nos referimos antes –ahora sí aclaramos–, no hay que tomárnoslo en serio, pues el gusto de Vallejo parece regirse por el principio de incertidumbre de Heisenberg. Primero hay que aclarar que la madre de Vallejo estudió piano y que algunos de sus retoños también, incluido el mismo Fernando, que supuestamente tiene oído absoluto, como nos lo dice en *Los días azules*, y aquí tampoco sabemos si tomárnoslo en serio.

Entonces vamos al grano: una vez que en estas memorias el narrador pone por lo alto el aria *Divinités du Styx* de Gluck, realmente no sabemos qué odia y qué ama. O sí lo sabemos. También ama la *Lolita* de Nabokov, pero destroza el *Guernica* de Picasso. Y luego les dispara a Palestrina y a Orlando di Lasso, esto es, a toda la música polifónica, incluido Bach. También les dispara a Beethoven y a Tchaikovsky, a Puccini, Prokofiev y Händel. El lector nos disculpará las listas que hacemos, pero es algo muy usual en Vallejo y la literatura universal... Porque su enciclopedia de los muertos es más grande que cualquiera.

Para terminar, volvamos a la comparación entre Vallejo y Juvenal. Hablábamos hace un instante de no tomarnos en serio a Vallejo; quizá es mejor intentar disfrutarlo, porque, como en Juvenal, el brillo de las partes importa mucho más que la inserción y organización de las mismas en la suma total construida. Porque su diversidad de tonos, su teclado que va desde lo vulgar y obsceno hasta la elegancia y la finta erudita, con

citas en latín, además de palabras que parafrasean y reinventan la paremiología y las citas continuas, nos llevan a la dificultad de determinar su tono, que rebota en el ludibrio. Y otro elemento destacable es que Vallejo usa distintos interlocutores, como dirigiéndose a Peñaranda y a los lectores, y así se dirige a diversos sujetos, lo mismo que Juvenal, o Svevo, que se dirige a un doctor. Pero la diferencia estriba en que sus interlocutores tienen un cuerpo borroso como personajes, algo muy usual desde Gogol y Henry James hasta Beckett y Faulkner y prácticamente toda la novelística del siglo xx.

Por último, lo mejor que podemos hacer con estas memorias, y esa voz espectral de ventrílocuo o vieja paisa, es gozar y jugar. Porque si por un lado Vallejo nos afila el ojo crítico y nos mueve a la risa rabelesiana, por el otro es mejor no pensar en su utilidad e ideología, porque la autonomía de sus libros es la misma del arte por el arte, y porque tal vez no encontremos ideología alguna en su anatema literario, y sí nos encontremos una enciclopedia de los muertos.

Diego Castillo